

canta con elevado estro las magnificencias de Alah y las excelencias del falso profeta.

Asunto digno de maduro examen es ver petrificada en nuestro propio suelo la espiritualidad de un pueblo terreno y material que, si bien no acierta á salir de la penumbra por la falta de la luz irradiada del Cristianismo y anda tímido en sus creaciones arquitectónicas, desbórdase, sin embargo, en el campo de la poesía religiosa emulando á los libros sagrados orientales y helénicos y rayando á más altura en la viveza de la piedad y del reconocimiento á la causa eficiente. Si esto ocurre en pueblos paganos, ¿cómo ha de extrañarnos el recogimiento y el alto espíritu religioso que late en los templos románicos compostelanos erigidos al calor de la inquebrantable fe de tantos miles de peregrinos como se han cobijado bajo sus austeras arcadas y severas bóvedas?

José Ventura Traveset.

Granada, 19 de Julio de 1902.

BRÉTEMAS

N-o val s' estende	O sol seus raios
Sube â montaña,	Por fin espalla
Cubre os pinares,	E axiña a espesa
Envolve a praia	Brétema escapa.....
Y-ôs nosos ollos	Así n-o esprito
Todo se agranda;	Fai a insinanza.
Por uns xigantes	Desfaise a brétema,
Os nenos pasan,	Fuxe a inorancia;
Xa nos parecen	O sol n-o ceo
Pazo-l as casas	Y-a cencia n-a alma
Y-os albres vellos	De luz e fogo
Feios pantasma.	Raios espallan.
D' o mesmo modo	'O seu infruxo
Fai a inorancia	Nacen as prantas
E tod' ôs nosos	Y-a humanidade
Ollos s' agranda.	Medra y-avanza.

Amador Montenegro Saavedra.

Vigo, Julio 23 de 1902.

MANUEL MURGUÍA

A despecho de las almas ruines y torpes que fingieron no verle, he aquí que hoy es Murguía el jefe indiscutible del movimiento regional. ¿Quién, desde los hervores de su juventud luchó tan sin descansos ni treguas como el autor de *El Foro*, contra los enemigos natos de la pequeña patria? Espíritu voluntarioso y tenaz, con la constancia in-



quebrantable y resuelta de los que combaten por las causas nobles, Murguía es el primero de cuantos embarcados en la misma esperanza y celosos de la rehabilitación de un pueblo sin ventura pelearon con fruto en su nombre y á su sombra. Duro como el roble sagrado de los antiguos celtas, su voluntad de hierro no conoció desmayos. El exploró como ninguno los misteriosos orígenes de nuestra raza, y al desentrañar todo un oscuro pasado de olvidadas glorias, Murguía, más feliz que la caduca falange de historiadores que reprodujeron la letra sin penetrar en su verbo, acertó á leer en el pensamiento de la región cautiva con clarividencias de elegido.

Incansable y laborioso, rebelde al yugo y penetrado de su gran destino, nadie como él consagró tan por entero á Galicia su esfuerzo y sus amores. De ese esfuerzo son claro testimonio *El Diccionario*, la *Historia*, *El Arte en Santiago, Galicia*, *El Foro* y *Don Diego Gelmírez*: obras admirables por lo que en ellas resucita y evoca y por la grandeza del espíritu que las fecunda. Y de esos amores hablen por mí todas sublimes insolencias, hermosas audacias é inspiradas iras que hierven como lava en los artículos polémicos del que, á la manera de los viejos templarios, tuvo por precepto aceptar siempre el combate.

*

¡Cuán noble y grande y entusiasta la juventud de entonces! Fué en aquellos días de prueba y de desesperanza, allá por los años de 1855 ó 1856, cuando nuestros jóvenes soñaron con una patria libre y autónoma digna de ponerse al lado de las grandes naciones que todo lo fían á su propio esfuerzo.

Habíase enarbolado la bandera del provincialismo literario, y agrupados en torno de la esclavina azul de Aurelio Aguirre y del turbante blanco de Pondal, nuestros vates diéronse á buscar su inspiración en las entrañas vivas de la nacionalidad gallega. En el banquete de Conjo, al pié de las encinas centenarias cuyas frondas rumoreaban agitadas por el soplo de los vientos nuevos, la gloriosa legión brindó por la patria redimida con apasionado arranque. ¡Aun conservan los troncos de los robles las letras y los símbolos grabados en aquella tarde por la dorada pléyade! Sin embargo, todo lo que entonces nuestros jóvenes pensaban y sentían no era más que anhelo confuso, presentimiento indeciso, esperanza vaga. Murguía fué el primero, y acaso el único que formuló el dogma de un modo claro y exclusivo, preciso y terminante, en tal manera, que puede decirse que Galicia sólo conoció bien su propio pensamiento cuando Murguía lo hizo suyo y lo estampó en sus obras.

¡Y he aquí como la regeneración de Galicia recibió su agua lustral en el entusiasmo de sus vates y su fuerza toda en la labor robusta del cronista insigne!

*

A la aparición de la *Historia de Galicia* acompañaron todos los encomios de la fama. Es ese un libro soberano que representa el fruto de una vida completamente devorada por el estudio y el combate. ¿Quién será el coloso que algún día se atreva á señalar sus puntos débiles?

Así como en *Los Precursores* resplandecen todas las altas prendas que son nota y honor del elevado corazón de Murguía, y en *El Foro* se revelan sus dotes de pensador y de sociólogo, y en el libro *En Prosa* se acusan con todo vigor sus facultades de poeta y de estilista, y en sus artículos polémicos se destacan los lados varoniles de su carácter, así en *La Historia de Galicia* aparece toda su perso-



sonalidad en una pieza. La investigación paciente y erudita, el noble ardor del pensamiento y de la frase, la doble vista para penetrar el fondo oculto y expresivo de las edades y las cosas, la fuerza intuitiva para interpretar y traducir los elementos dispersos de la realidad, la potencia sintetizadora, el genio crítico y depurador, todo esto brilla y campea en la obra capital del escritor gallego para cuyo entendimiento vasto y condensador la materia bruta de los hechos toma la fecundidad plasmante de lo orgánico, y se convierte en algo real, ordenado y vivo. La simpatía es el alma de la historia, dijo Agustín Thierry; y nada comparable á ese calor de alma con que Murguía, penetrando en lo inexplorado de nuestros orígenes, se remonta á las épocas en que el celta nos dió sus dioses, el romano sus colonias y el suevo sus monarcas, ó bien buscando entre el polvo de aquellos siglos sin renombre, tan pronto estudia con admirable reposo un hacha de bronce, un dólmen ó una cifra, como en una escapatoria súbita del pensamiento al ensueño hace revivir un héroe.

Yo no sé qué género de sorpresas reservará el porvenir á los historiadores que hayan de proseguir la difícil labor de desarrollar la inmensa tela de nuestro obscuro pasado. Pero aunque otros más afortunados logren mañana revelar misterios y aclarar nebulosas que hoy nos parecen impenetrables y eternas, creo que nadie volverá á sentir como Murguía, por la región madre, ese amor inmortal que ni se cansa ni se acaba; y como «amar es *comprender*», cualesquiera que sean las conquistas de los historiadores venideros, de la obra de Murguía no podrán prescindir nunca.

*

Hace bastantes años, una gruesa falange de vates, escritores y artistas primerizos, anhelosos de nombre y de fortuna, trasladaban á Madrid sus penates no bien les apuntaba el bozo. Bulliales la mente en sueños y el corazón en ímpetus, y allá emigraban, sedientos de emplear sus fuerzas intelectuales en algún uso grande y glorioso de la vida. Dando de mano á sus estudios, Murguía se dejó llevar también por los vientos del acaso y algún tiempo después comenzó á subir su calvario de dolores.

De aquellos días sin sol, son sus novelas cortas *Desde el cielo*, *El Angel de la Muerte* y *Los lirios blancos*, cuentos escritos con la substancia del corazón, penetrados de lamartiniano lirismo y en los que Murguía hace gala de un estilo ondulante, tierno y armonioso. En el viejo café de Levante, con su sobrepuerta pintada por Goya, sus paredes colgadas de espejos deslustrados, sus envejecidas mesas y sus sillas de paja, una camarilla de poetas conlevó bien pronto los éxitos y las horas amargas del joven escritor, y allí fué donde á los regocijados sonos del organillo que tocaba la sinfonía de *Don Pascuale* nacieron á la vida *Mientras duerme*, *Olivia* y *Mi madre Antonia*, delicados caprichos, frescos y olorosos como los ramilletes que se conservan en un vaso.

Poco tiempo después, Murguía conoció á la autora de aquellos versos que, escritos con la humilde sencillez de un genio que se desconoce, fueron la piedra angular del edificio del arte regional gallego. Rosalía entró en su alma y la llenó, quedando para siempre ligados los destinos del luchador infatigable, á los de la musa bien amada cuyo nombre vive en todas las memorias.

*

Fiel á la idea de que la centralización es régimen de conquista y no de sociedad, Murguía quiere que Galicia llegue al pleno desenvol-



vimiento de su sér y se mueva en su mundo, para que, á su hora, pueda ocupar un puesto legítimo en el concierto de los pueblos. Condenador de nuestra política uniformadora á la francesa, entiende Murguía que las individualidades regionales de fisonomía fuertemente acusada como la nuestra sólo hallarán su centro de engarce en la vida general de la gran patria cuando una descentralización total les permita girar en su órbita. Las batallas reñidas en pró de estas ideas, defendidas por él con empuje y violencias de sectario, hicieron suyo el cetro de nuestro movimiento regional por derecho de conquista.

Ha dicho hace algún tiempo un joven escritor que con Murguía bajó Galicia del Gólgota de sus infortunios y comenzó á subir la áspera falda de su Tabor glorioso.

Sin duda que hoy cobran arraigo, y crecen y se agrandan con más vigor que nunca las ideas que el autor de *El Foro* tan bravamente proclamó, celoso de verlas hechas carne y sangre entre su nación y gente. Cuando el tiempo, gran depurador de las cosas, borre y anule lo que en ellas hay de contradictorio y de quimérico y deje sólo en pie sus lados sólidos, entonces la pequeña patria renacerá por entero á la vida de esplendores anhelada y buscada por Murguía. Esa obra de justicia y redención será vista á los ojos de la posteridad como exclusivamente suya, y nuestros hijos mirarán con ojos de amor al que, con la tenacidad indomable de la raza celta, esa gran vencida de la historia, empleó todas las soberbias de su alma grande y todas las ternuras de su corazón de niño en levantar la patria soñada sobre sus antiguos altares, quebrantando los lazos de su largo y duro cautiverio.

Víctor Said Armesto.

TRES SONETOS

LA PALABRA

Dios hizo al primer hombre, y no contento con haberle formado de la escoria, para hacerle más digno de su gloria le infundió con la vida el pensamiento.

Puso en sus labios el seguro acento, y en señal de divina ejecutoria hizo surgir en su alma la memoria, la voluntad y el claro entendimiento.

Brotó la idea unida á la palabra, mas si el hombre, obediente á su destino su propia redención y gloria labra, no emplee don tan grande en fin mezquino; cante y ame á su Dios, porque éste le abra las áureas puertas del Edén divino.

LA PLUMA

Rasgada ya la negra y densa bruma que el cerebro del hombre aprisionaba, la idea que surgía, se borraba como en la arena la inconstante espuma.

